



Él se sentó a mi lado y acarició mi cabeza. Mis ojos estaban tan hinchados que cualquiera me habría confundido con una prima hermana de Bart Simpson.

Yo quería decirle que no era necesario, que yo ya sabía, que no se preocupara por mí, total... él mismo me había repetido que cada uno debe aprender a resolver sus rollos, y eso, precisamente, era lo que yo estaba intentando hacer.

—Ahora te parece terrible, María, pero cuando pase el tiempo y lo mires con distancia descubrirás que no era para tanto... ¡Te lo doy firmado!

—Ay papá, no estoy de humor para charlas de motivación. Te agradezco pero hoy no tengo cabeza, hoy es mi día mundial del limón y eso no lo cambia nadie. Por cierto, ¿has ido al médico? ¿Sigues con dolor de garganta?

—No he ido al médico pero no te preocupes, estoy tomando limonada con miel y ya me siento mejor. ¡Nada como los remedios naturales!

Me dio un beso en la frente y se dirigió a la puerta de mi habitación.

—Papá.

—Dime.

—¿De verdad crees que llegará el día en que esto pase?

—Estoy seguro de eso, la herida sanará... La amistad lo cura todo. La amistad es una gran taza de limonada con miel.

Antes de apagar la luz y cerrar la puerta, sonrió, me guiñó un ojo y repitió su frase preferida:

—¡Ya lo verás!

Siempre he envidiado a las personas que encuentran un billete en el bolsillo de un pantalón que no habían usado algún tiempo. Parecería que el billete las estaba aguardando en secreto, como en un acto de magia, para regalarles una felicidad inesperada.

Yo lo único que he encontrado, sorpresivamente, en el bolsillo de un pantalón es un montón de migas de alguna antigua galleta devorada a medias en el cine.

De igual manera, siempre he envidiado a la gente que encuentra, casi sin proponérselo, a su media naranja.

En mis catorce años, mi historial amoroso ha resultado poco amable, yo solo he podido encontrar medios limones... ácidos y amargos. Eso me llevó a ser una de las fundadoras de El Club Limonada.

El club llegó a tener solo tres socios. Los justos y necesarios para conformar la directiva: presidenta, vicepresidente y secretaria.

Alejandra pidió la presidencia, dijo que la merecía, que nadie en el mundo había vivido historias de amor más ácidas que las suyas. Que sus medios limones habían sido los peores y que, si fuera real aquello de los cuernos, ella habría dejado de llamarse Alejandra para pasar, directamente, a llamarse Rodolfo el reno.

También Juancho dijo que la presidencia la merecía él, porque si bien nunca le habían puesto los cuernos, él llevaba el récord absoluto de negativas.

Desde los doce hasta los catorce años había desarrollado con total determinación una estrategia, tipo consulta popular, en la que esperaba conseguir el ansiado «sí». Al principio y con optimismo desbordante, se declaró a todas las chicas lindas del colegio: a la señorita Deportes, a la señorita Simpatía, a la Confraternidad, a la Estrellita de Navidad, a la reina de Carnaval y a la miss Teen. Luego del fracaso en este intento, eligió otro gremio, el de las buenas estudiantes, se declaró entonces a la presidenta del Consejo Estudiantil, a la abanderada de la primaria y a la ganadora del concurso de Física... tampoco le fue bien. Entonces creyó que, en un tercer grupo, las cosas podrían cambiar definitivamente, se orientó a las feas con personalidad; fue así como se declaró a tres grandotas del equipo de tae kwon do, a una a la que le decían Lagartija San Román y hasta a la hija del inspector que tenía el mismo bigote que su padre, y todas, en su momento, le respondieron que no. Con Juancho nadie se había tomado la molestia de usar la frase trillada «Mmm, no sé, déjame pensar, te aviso el jueves», qué va, a él de plano le decían «¡No!».

Juancho cedió la presidencia a Alejandra y dijo que él aceptaría cualquier dignidad menos la de secretario, odiaba escribir apuntes, jamás llevaba un cuaderno o una libreta y tenía pésima ortografía; de hecho tardamos algún tiempo hasta que él entendiera que pertenecía a un «club» y no a un «cluf».



Por obvia conclusión, yo quedé oficialmente designada como secretaria de El Club Limonada.

A diferencia de mis compañeros, a lo largo de mi aparatosa adolescencia nadie me había puesto los cuernos ni me había dicho que no. A mí me ocurría algo peor... nadie me miraba. Era como si una maldición hubiera recaído sobre mí, no me miraban los guapos ni los feos ni los gordos ni los pelones ni los de piernas flacas ni los orejones. Hay muchos chicos y chicas que en algún momento de sus vidas se preguntan sobre su verdadero origen, se acercan con mirada lastimera a sus padres y los interrogan con gesto de preocupación: «Díganme la verdad, ¿soy adoptado?» o «¿Están seguros de que en el hospital les entregaron a su verdadero hijo?». Yo recuerdo que me gané una semana de castigo cuando un día, al regresar de una fiesta en la que nadie me había pedido que bailara (ni siquiera a la hora en que todos hacían trencito), le dije a mi madre: «¿Mamá... prometo no juzgarte, pero, ¿estás segura de que mi papá es, efectivamente, mi papá?». Ella me miró con ojos de furia viva y comenzó a sermonearme, a decir que si la ofendía, que si ella era una mujer fiel y honesta, que si yo era una adolescente maleducada y altanera, que si yo tenía la nariz igualita a la de mi papá, que si yo tenía el lunar en el cuello que solo tienen los de la familia Robles. Cuando terminó de dictaminar su sentencia (una semana sin tele), yo le dije: «Bueno... así será, pero

a veces a mí me parece que soy la hija del hombre invisible».

En fin, este es el diario del club, es la bitácora de esas largas charlas entre Alejandra, Juancho y yo, es la agenda de esos meses en los que descubrí que una mala historia de amor no es lo peor que te puede ocurrir.

A veces metes la mano en el bolsillo de un pantalón que no has usado algún tiempo y descubres que allí hay un agujero, y quizá por ese agujero se ha escapado un billete, una galleta o una sonrisa.

Alejandra y yo fuimos amigas desde los cinco años. Sí, desde que entramos al jardín de infantes. Recuerdo que el primer día de clases las dos, perfectamente bañadas, perfectamente uniformadas, perfectamente peinadas, éramos dos perfectas lloronas. Lloramos desde que nuestros entristecidos padres nos dejaron en manos de unas señoritas profesoras, hasta cuando volvieron a retirarnos cinco horas más tarde.

Teníamos los ojos tan abombados que parecíamos dos sapos en su primer día de escuela.

Una semana más tarde seguíamos llorando, ya se nos habían agotado las lágrimas, pero aún conservábamos algo de fuerza para los lamentos, los sollozos y para seguir manifestando públicamente nuestro aspecto de niñas abandonadas en un sitio de terror, camuflado bajo el nombre comercial de «Jardín de infantes Gotitas de ternura».

Al principio, las profesoras nos prestaban atención con una actitud que era evidentemente artificial y empresarial. *Yo soy la tía Taty*, decía una, *ya no*



lloren más, este es un lugar lindo en el que van a aprender y a jugar con otros amiguitos.

Luego, ante la constatación de su fracaso, la tía Taty cambiaba su tono de voz y su mensaje: *Alejandra y María, ¡cállense ya! ¡Cierren la boca! Si siguen chillando, las voy a encerrar en el cuarto de la calavera.*

Y bueno, aunque Alejandra y yo aún no habíamos tenido la oportunidad de conocer en láminas o libros el esqueleto humano, la intuición nos decía que la calavera debía ser algo inapropiado para nuestras cobardías infantiles.

Fue así como dejamos de llorar, al menos por causas pedagógicas. Pero el habernos conocido en situación de desventura, en aquel *antro* llamado Gotitas de ternura, forjó en nosotras una relación solidaria muy especial.